

# Los Basureros: Exos IV

Adrià Turull Pérez



# Capítulo 1

Tenía mala pinta. El cadáver llevaba varios días descomponiéndose.

Fordak Manson se agachó junto al cuerpo y buscó la placa de identificación. La arrancó de un tirón y se la acercó a los ojos.

—Sargento Gaius Moltor. Es nuestro hombre. Misión cumplida. Rommel, recupera los datos.

—Marchando.

Rommel se agazapó manipulando el teclado holográfico que se proyectaba sobre su antebrazo izquierdo. Tenía que conectarse por cable con la interfaz del sargento muerto para recuperar los datos.

Fordak vigilaba con el rifle en ristre, atento especialmente a los riscos del desfiladero que se alzaban sobre sus cabezas. Habían encontrado el cuerpo tras dos días de expedición a pie. La abrupta orografía había hecho imposible aproximarse más. Aquel continente era un laberinto de escarpadas cimas y abruptos barrancos sin fondo. Vientos huracanados y lluvias torrenciales azotaban la zona durante todo el ciclo, que duraba unos 512 días estándar.

El sargento Gaius Moltor había sido enviado a Exos IV en misión de alto secreto. Sin embargo, la cosa no había salido bien, tal y como confirmaba su cadáver. La baliza de emergencia se había activado en cuanto el corazón de Gaius dejó de latir. Y el alto mando de la Federación no perdió tiempo para enviar un equipo de rescate.

Fordak desconocía el motivo de la misión original, y el valor de los datos que iban a recuperar. Pero tampoco le importaba demasiado. Él se consideraba un marine de alcantarilla. Hacía el trabajo sucio. Y el trabajo sucio consiste en limpiar la mierda que dejan otros al cagarla y no cumplir con sus objetivos.

Y bien mirado, aún había tenido suerte. Tras una prometedora carrera, un incidente a bordo del Alba Justa, cerca del cúmulo de Hesperión, estuvo a punto de costarle la expulsión del ejército. El resultado de aquel incidente fue la pérdida del destructor de clase Leviathan y la muerte de casi todos los tripulantes y soldados destinados en él.

Pero alguien desconocido intercedió a su favor ante el alto mando, y a última hora lo que parecía una expulsión fulminante se tornó en degradación y un año de trabajos forzados en una de las múltiples

colonias mineras de la periferia.

Desde su reincorporación al servicio activo, las misiones que le asignaron fueron todas del mismo estilo: los trabajos más ruines y miserables, aquellos para los que nunca habían voluntarios. Por este motivo, Fordak no tardó demasiado en apodarar a su escuadrón, oficialmente Escuadrón Omega, como Los Basureros.

—De qué coño sirve tanto holograma e interfaz neuronal si después tenemos que bajar a esta roca para recuperar los datos... —protestaba Rommel, mientras se peleaba con el descifrador de seguridad cinco.

—No murmures y aligera. Además, sabes perfectamente que el primer paso para que una información sea segura es mantenerla aislada de la red —replicó Fordak—. Venga, no me gusta este sitio.

—¡Ya voy, ya voy!

Fordak Manson apuntó de repente hacia el risco que se alzaba a su izquierda. Creía haber visto un movimiento por el rabillo del ojo. Sin dejar de apuntar, se colocó las gafas polarizadas y utilizó el zoom para rastrear el montículo.

Esperó unos segundos, con el dedo rozando el gatillo. Una gruesa gota de sudor le recorrió desde la sien hasta el mentón, avanzando con dificultad entre la barba descuidada, hasta caer pesadamente sobre el polvo del suelo.

No había nada.

—Lo tengo —dijo Rommel. Fordak se sobresaltó por un momento, pero evitó cualquier movimiento.

—Pues vámonos.

Tenían que desandar el camino. En este caso, el punto de inserción y el de extracción era el mismo. Las tormentas eléctricas imposibilitaban cualquier salida sencilla. Debían regresar al providencial claro que se situaba a cuatro días de marcha al norte. Un lugar equipado con un arcaico campo electromagnético que estabilizaba el clima. Un paraíso artificial en mitad de una naturaleza salvaje.

Subieron la empinada cuesta, escalando con pies y manos. Al asomar la cabeza en lo alto del risco, el viento les azotó con furia, tambaleándolos.

Fordak se puso el panelo rojo por encima de la nariz, y siguió avanzando.

Aunque maldijo en voz alta, las ráfagas se llevaron sus quejas.

Rommel, pegado a él, cubría la retaguardia. Era imposible apuntar en aquellas condiciones, y el técnico tenía la esperanza que los nativos no salieran de sus cuevas.

Llegaron hasta una bifurcación que anteriormente les dió quebraderos de cabeza. Por suerte, ahora ya conocían el camino.

Dejaron atrás el paisaje rocoso el cabo de unas horas. Tras el velo de nubarrones negros, Rommel creyó ver los rascacielos marchitos de la ciudad abandonada.

Poco después se refugiaron, para descansar cinco minutos, en el sótano de una casa de la que sólo quedaba un muro en pie. Rommel comprobó los niveles de radiación de ambos.

—Radiación en niveles seguros. Hará ya siglos que cayeron las bombas.

—No te confíes —respondió Fordak con el ceño fruncido y la mirada ausente—. En la luna de Ranus vi malformaciones de pesadilla causadas por la radiación.

—Eso ya pasó, jefe. En cualquier caso, opino que deberíamos dar un rodeo. Las ruinas de la ciudad es un nido de salvajes. Casi no salimos vivos de allí.

—Pero lo hicimos.

—No deberíamos tentar tan frecuentemente a la dama Fortuna. Al final nos rechazará.

—Menudo poeta estás hecho, Rommel.

—Un poeta muerto, si volvemos a cruzar la ciudad.

—No tenemos provisiones suficientes. Y dudo que nada de lo poco que crece en esta roca sea comestible.

—De algo tienen que alimentarse los nativos, Fordak.

—Déjalo ya. Venga, en marcha.

Rommel asintió de mala gana, pero no protestó más. Si al final Fordak estaba equivocado, él no le reprocharía nada. En vez de eso, daría hasta la última gota de su sangre por él. La lealtad entre soldados es un vínculo que se gesta en las trincheras, hecho de sangre y barro. Y los limpiadores ya habían llevado a cabo un buen puñado de misiones al límite. Los lazos

de sangre que se forman y atan a los miembros de un escuadrón es algo puro y primitivo, ajeno a órdenes y objetivos marcados desde un puesto de mando situado en órbita.

Dejaron el sótano y prosiguieron el descenso. Al poco rato empezaron a pisar los primeros signos de vegetación. Matojos raquíuticos que crecían desperdigados, como si alguien hubiera lanzado las semillas al viento con desgana.

Tras tres horas de marcha ininterrumpida, dieron con un viejo depósito de chatarra. Anteriormente no lo habían visto. Por lo visto, se habían desviado en algún punto de la ruta. Sin embargo, siguieron avanzando, pues seguían descendiendo, y era absurdo desandar el camino y tener que subir de nuevo la loma para después descender de nuevo.

Una valla metálica delimitaba el perímetro de la chatarrería. Tenía más segmentos tumbados que en pie. Con un gesto del brazo, Fordak le indicó a Rommel que se abriera hacia la izquierda, para cubrir más terreno. Fordak entró por una de las oberturas e inmediatamente pegó el cuerpo junto a una pila de metal herrumbroso. Rommel hizo exactamente lo mismo traspasando la valla a unos ocho metros de Fordak.

Aquel sitio podía ser un refugio más o menos sólido ante las inclemencias climáticas. Pero también era muy probable que por este mismo motivo ya estuviera ocupado.

El lugar era un pequeño laberinto formado por cubos de hierro prensados y apilados. Aunque había torres de una altura de hasta cinco pisos, también era cierto que el viento había derrumbado algunas, taponando algunas callejuelas y creando una auténtica ratonera.

Y de pronto una ráfaga de metralla impactó a escasos centímetros de la cabeza de Fordak.

—¡Arriba, nos disparan desde arriba!

Ambos se lanzaron al suelo, rodando para parapetarse lo máximo posible y ofrecer un blanco mínimo. Rommel sacó su rifle por el borde, disparando una salva de fuego de cobertura.

Pero el atacante también se había refugiado tras los restos de los que en siglos atrás había sido un maravilloso Cadillac rojo cereza.

El tiroteo continuó apenas treinta segundos, pero les sirvió para tener la certeza que aquel atacante parecía estar solo.

A un gesto de Fordak, Rommel se arrastró de cobertura en cobertura, mientras que el primero disparaba cada vez que intuía movimiento tras el

pedazo de chatarra roja. Rommel flanqueó al enemigo y lo abatió de un solo disparo certero.

Fordak cambió de posición y trepó por los montones de chatarra hasta alcanzar la cima. El enemigo había caído pesadamente sobre los restos del Cadillac, y su sangre apenas se distinguía del color cereza del viejo vehículo.

—Despejado —anunció Rommel dos niveles por debajo.

Fordak cogió la cabeza del cadáver y la ladeó para poder ver el rostro.

Aquello le sorprendió. A pesar de la mugre, la suciedad y los rasgos degenerados, aquella cara pertenecía a una mujer. Aunque salvaje, aquella cara no era la de un animal sin raciocinio. La bala de Rommel había impactado por la nuca. Su rostro no había tenido tiempo de alterarse, y el rictus que ahora veía el mercenario contenía en sí mismo la esencia del miedo.

Aquella mujer estaba aterrada. Aun así, había decidido atacarles, en vez de permanecer oculta y dejar que pasaran sin advertir su presencia. Era un comportamiento estúpido.

Peinaron las callejuelas formadas por los cubos de metal en busca de cualquier cosa, previsiblemente comida, que explicara la presencia de aquella salvaje en aquel lugar. Pero no encontraron nada.

—Vamos, no perdamos más tiempo —dijo Fordak dejando de apuntar por la mirilla y llevando el arma a la altura de la cadera.

El sol intentaba llegar a la superficie, arañar la tierra con sus largos dedos de luz. Sin embargo, las espesas nubes lo cubrían casi por completo.

Se reagruparon y dejaron atrás el lugar, siguiendo la calleja principal hasta la salida del perímetro.

Rommel estaba revisando la cantidad de cartuchos que le quedaba en el cinturón cuando, pasando por una estrecha encrucijada, vio algo a su derecha.

En un acto reflejo, apuntó inmediatamente, con el dedo sobre el gatillo. Allí, entre las sombras de aquel estrecho corredor formado por chatarra apilada, había una forma baja de pie, completamente inmóvil.

Rommel entrecerró los ojos, buscando agudizar la vista y poder percibir algo más que una silueta borrosa.

Era un niño. Un crío de cinco a seis años. Desarrapado y mugriento, se chupaba un dedo, y Rommel supo de inmediato que era el cachorro de la salvaje.

Fordak, al no escuchar los pasos de Rommel tras él, dio media vuelta y se unió a él.

—Vamos, no me jodas... —dijo apuntando con su rifle al mocoso.

—¿Qué estás haciendo? ¡Baja eso, joder! —susurró Rommel apartando con su mano el cañón de Fordak— No es más que un crío.

—Es un salvaje al que seguramente acabas de dejar huérfano. Si pudiera, ya te habría matado.

—Aun así, no es más que un crío. Así que ni se te ocurra, jefe.

—Cuando crezca, te buscará, y no se detendrá hasta dar contigo y matarte.

—Dudo mucho que esta gente tenga la tecnología suficiente como para salir de esta roca.

El niño alternaba su atención de uno a otro mercenario. Y con todo, no lloraba. Aquellos ojos habían visto la muerte de cerca demasiadas veces ya.

—Pues déjalo aquí y continuemos. No tenemos todo el día.

Rommel no se movió. Fordak lanzó un gruñido, molesto por las dudas de su lugarteniente. Rommel plantó una rodilla en el suelo, se colocó el rifle a la espalda y rebuscó en uno de los bolsillos de su chaleco.

—No le des tu comida al crío porque después yo no te daré la mía.

—Toma pequeño. Es una chocolatina —dijo Rommel, moviendo el envoltorio brillante como si fuera un sonajero.

El niño podía ser pequeño, pero había aprendido demasiado pronto a reconocer la comida. Avanzó unos pasos, desconfiado, preparado para darse media vuelta y salir corriendo ante cualquier gesto brusco de aquel hombre. Pero Rommel esperó pacientemente, y el crío le cogió la chocolatina con un gesto rápido de sus pequeñas manitas.

—No desperdicies la poca comida que nos queda en alguien que ya está muerto.

Rommel se levantó de pronto, y el niño se asustó ante el movimiento súbito y desapareció escabulléndose por una pequeña abertura entre dos cubos de chatarra. Rommel miró con furia a Fordak, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

—Andando, alma caritativa.

Durmieron al raso, espalda contra espalda, pues la lluvia torrencial no amainaba y era imposible tumbarse en el suelo sin ahogarse. A las pocas horas reanudaron la marcha, esta vez a escasos kilómetros de la ciudad en ruinas.

Cuando llegaron a los primeros edificios que se mantenían más o menos en pie, la tempestad era tal que era imposible discernir si más allá de las negras nubes reinaba el Sol o lo hacía la Luna.

Con un poco de suerte, podrían cruzar las ruinas sin ser detectados. Aquel torrente les serviría de manto protector. Y era sensato suponer que los salvajes estarían a refugio de la tormenta y no vigilando las calles.

Avanzando casi en cuclillas, pegaron el cuerpo contra la pared del primer gran rascacielos. Los rascacielos eran como cáscaras muertas, gigantes olvidados. Estaban bajo un gigante de acero y cristal. Esplendoroso siglos atrás, ahora la lluvia golpeaba furiosamente las pocas ventanas que aún seguían intactas. Rodearon el edificio y cruzaron al otro lado de la amplia avenida corriendo de sombra en sombra. Unos relámpagos partieron el cielo por tres veces, delatándoles como si fueran los grandes focos de una torre de vigilancia.

El agua se acumulaba en las calles, formando una charca oscura y sucia. Las cloacas no podían absorber más agua, y las pesadas tapas de hormigón flotaban sobre géiseres de inmundicia.

Caminaban con esfuerzo, pues había ocasiones en que el agua les llegaba por encima de las rodillas.

—Esto es una locura. Si continuamos así, moriremos ahogados —dijo Rommel levantando su arma como si estuviera cruzando un río—. Tenemos que refugiarnos un tiempo. No puede llover siempre tan fuerte.

—Cuando amaine, los nativos saldrán de sus escondrijos. Y no me quedan balas para todos —contestó Fordak. Se agarró al mástil de una farola para seguir avanzando.

En vez de eso, la tromba fue a más, y cayó con tal intensidad que parecía que avanzaban traspasando muros de agua. El agua les acarició la cintura,



y empezó incluso a mover algunos vehículos de sitio.

Un viejo furgón desvalijado flotó unos metros, y arrolló a Fordak, quien no pudo evitar el impacto. El mercenario desapareció engullido por la corriente.

—¡Fordak! —exclamó Rommel. Pero los truenos silenciaron su voz.

Rápidamente se colocó el arma a la espalda y empezó a palpar debajo del agua con ambas manos. El furgón siguió desplazándose, hasta que la corriente lo hizo chocar contra un muro de hormigón que resistía el embate de la crecida como un pequeño dique.

Los segundos dieron paso al minuto. Y luego a otro.

Rommel agitaba los brazos frenéticamente. Bajo el agua, palpó algo blando y viscoso. Demasiado viscoso como para que se tratase de Fordak. Con un estremecimiento, siguió buscando.

—¡Aquí! Estoy... ¡Coff, coff! Aquí.

Rommel se dio media vuelta, y pudo ver a Fordak unos metros más allá. Junto al furgón que lo había derribado, se agarraba a un banco y vomitaba agua marrón.

—¡Menudo susto me has dado, cabronazo! —dijo Rommel aliviado. Avanzó hacia su superior, y tras asegurarse que lo más grave que había sufrido era haber tragado agua sucia, le dio unas palmadas en el hombro—. En marcha, antes que amaine y nos cacen los nativos.

Fordak estuvo a punto de mandarle a la mierda, pero le sobrevino una nueva arcada.

Milagrosamente, consiguieron cruzar la ciudad sin disparar ni un solo tiro. Tan pronto como empezaban los rascacielos, también terminaban. Sin darse casi cuenta, avanzaban ahora por una explanada que siglos atrás debió tratarse de un luminoso parque. Ahora de aquella época esplendorosa no quedaba más que los troncos retorcidos de los árboles que un día dieron sombra a los habitantes de aquella ciudad olvidada.

Atravesaron el lugar y pronto el camino se hizo abrupto e irregular. Aunque les costó aún más avanzar, pues en muchos puntos tenían que trepar y cruzar caudalosos torrentes, agradecieron en silencio el dejar atrás aquel avispero de salvajes.

Pero, tras el encuentro con aquel niños escuálido, Rommel no tenía tan claro si eran salvajes o sencillamente supervivientes en mitad de aquella

roca inhóspita.

Tras toda la noche de viaje, avistaron finalmente al punto de extracción. El lugar era un gigantesco cañón. Al norte de la ciudad, las colinas daban paso a un abrupto acantilado. En el fondo, tras un kilómetro y medio de caída libre, discurría un espumoso y salvaje río, ahora crecido por la tormenta. Tendrían que descender unos doscientos metros por el barranco. Allí se alzaba una plataforma rocosa natural sustentada por un arco de piedra y tallada por el viento y la lluvia durante milenios.

Fordak pulsó el botón de su intercomunicador. Con suerte, la nave que esperaba en órbita recibiría la señal. Aunque la tormenta no amainaba, aquellos equipos de comunicación estaban diseñados para ser operativos incluso en los niveles más profundos de las explotaciones mineras del Sistema Tauro.

—Ahora solo toca esperar —dijo Fordak acomodándose el arma y buscando refugio en el hueco que formaban dos rocas gigantes enraizadas en el acantilado—. Esperaremos un poco antes de descender. Total, la lanzadera tardará aún en rodear la tormenta y atravesar el cañón.

—Por fin una buena idea.

—Oye, Rommel, no te me insubordinates ahora. Dime que no hemos cruzado la ciudad airosos. Es más, seguro que no te imaginabas que podíamos cruzarla sin encontrarnos con ni uno solo de esos salvajes.

—Que hayamos tenido una excepcional suerte ni implica que haya sido tu mejor idea, jefe —replicó Rommel sentándose junto a Fordak. Rommel se permitió el lujo de relajarse un poco. Nadie podía merodear allí, en mitad de ninguna parte.

Apoyados contra la roca, contemplaron los relámpagos acuchillar la noche. En ocasiones, se encadenaban tantos rayos seguidos que iluminaban el mundo por unos largos segundos, con un fulgor tal que ni siquiera el Sol más radiante podría haberlo superado.

Sus sombras se proyectaban con rabia en la roca a cada destello, como si fueran a quedar grabadas a fuego en el muro tras su marcha.

La lluvia limpiaba el mundo y tras el muro infranqueable de nubarrones las estrellas seguían dibujando las constelaciones que habían fascinado al hombre desde el origen de los tiempos.

—¿Qué harás en tu próximo permiso? —pregunto tras un largo silencio

Fordak.

Rommel cambió el peso de una pierna a otra y, entrecruzando los dedos, colocó las manos tras la cabeza.

—Iré a visitar a mi sobrina. Dentro de poco hará catorce años. O tal vez ya los ha cumplido... —añadió dubitativo. Pasar fechas de un sistema planetario a otro podía ser un auténtico quebradero de cabeza si se calculaba mentalmente.

—¿Catorce ya? ¡Por mi madre, cómo pasa el tiempo! ¿Cómo te llevas con tu hermana?

—No me llevo —contestó Rommel encogiéndose de hombros—. Pero Tasha es lo más parecido a una hija que tengo.

—Vamos, Rommel, más de un bastardo tendrás por la galaxia.

—Lo dudo, Fordak. No todos nos follamos a la primera puta sucia y drogadicta que enseña una teta.

—Eso ha sido muy cruel, tío —protestó Fordak frunciendo el ceño.

—La verdad duele.

—Quizás es que no te gustan los chochitos. ¡Mierda, Rommel! ¡No te habrás tocado pensando en mí!

—Estás fatal.

Fordak siguió un rato más con la pulla, pero se acabó cansando. Rommel se acordó de pronto de los datos recuperados. Activó su interfaz holográfico, preocupado por si la tromba de agua había cortocircuitado el dispositivo.

Pero el brazalete proyectó la imagen ambarina habitual sin problemas. El Escuadrón Omega eran los más duros de entre los duros, al igual que su equipamiento.

Paseó por los menús hasta localizar los datos rescatados del cuerpo sin vida del sargento Gaius Moltor.

—¿Qué haces? A nosotros solo nos toca recuperarlos, no leerlos. Aún te pasarás el permiso en el calabozo...

—Solo estoy comprobando que están bien. No le ha salpicado cuatro

gotas, precisamente... Un momento...

—¿Qué?

—Esto no puede ser correcto...

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Fordak poniendo los ojos en blanco.

—Lo que llevaba el sargento Gaius era un registro de los núcleos de población del planeta.

—¿Un censo? ¿De esta roca? Ya lo ves, por un momento me habías preocupado... —respondió Fordak con desprecio.

—Un censo de población y un listado de armas químicas para probar sobre los nativos. Fordak, pretenden convertir este lugar en un laboratorio armamentístico.

Fordak se pasó la mano por el cabello, peinando el pelo mojado hacia atrás con el guante de cuero.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, Rommel? Estás más sensiblero de lo normal. Joder, macho, ni que estuvieras ovulando.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —levantó el antebrazo, acercándole la sopa de letras holográfica como si con eso fuera a despertar la conciencia de Fordak, enterrada bajo su rudo carácter.

—Significa que tú y yo hemos cumplido. Fin. Ahora, déjate de historias, entrega la información y ves a ver a tu sobrina.

—Pero esta gente...

—¡Esta gente son salvajes, Rommel! Has visto un niño desnutrido y te ha dado lástima. ¿Ya no te acuerdas de toda su puta estirpe dándonos caza? Me cago en la puta, Rommel. Si ese mocoso hubiera tenido una pistola a mano ten por seguro que te habría acribillado.

Rommel apartó la mirada de los ojos iracundos de su compañero. A lo lejos, como un espejismo en el desierto, se insinuaban las siluetas de los rascacielos más imponentes de la urbe.

—Y ahora, apaga eso, saca los mosquetones y la cuerda y empieza a descender. Y céntrate. Solo falta que ahora te despeñes. ¿Eh? ¿Estamos bien? —añadió Fordak, dándole una palmada amistosa en la mejilla.

Rommel asintió, parpadeó y meneó la cabeza, sacudiéndose las dudas en

forma de gruesas gotas de lluvia.

Tal vez había dejado de llover con furia, pero no había cesado. Rommel desenrolló su cuerda, la ató a dos rocas distintas, comprobó los nudos y tiró con todas sus fuerzas para asegurar que nada movería aquel punto de sujeción. Engancharon sus mosquetones a la cuerda y empezaron el descenso.

La pared del acantilado estaba empapada, y las pesadas botas militares resbalaban con frecuencia. Pero afortunadamente los pies eran solamente un punto de equilibrio, pues la tarea la protagonizaban los brazos al ir soltando cuerda poco a poco.

Fordak bajaba el primero. Intentó mirar arriba, para ver cómo le iba a Rommel. Pero el agua que corría por las piernas de su compañero caía en sendos chorros en el rostro de Fordak, cegándole.

Tras una penosa marcha, las botas de Fordak al fin tocaron suelo. Habían llegado a la explanada.

Pero la lanzadera no había llegado todavía.

El estrecho cañón amortiguaba en parte la tormenta, y el agua caía en algunos puntos desde lo alto en salvajes torrentes que iban a parar al fondo del barranco, multiplicando el caudal habitual del río.

—Bueno, tendremos que esperar un poco más. ¿No tenías música en tu dispositivo?

Rommel negó con la cabeza.

—¿Habrán recibido la señal?

—Casi seguro. Estos trastos son capaces de traspasar kilómetros de galerías subterráneas. Además, estamos dentro del tiempo acordado. Aunque no hubieran recibido la señal, la lanzadera debe presentarse aquí en... dos horas.

—¡Mira!

—Bien, parece que no tendremos que esperar más tiempo.

Volando lentamente, con cuidado para no chocar con ninguna de las paredes de la garganta de roca, la lanzadera se aproximaba a su posición. Era una pequeña nave clase Piranha. Manejable, de morro corto y grandes hélices articuladas que le permitían mantenerse en el aire como un colibrí.

La lanzadera maniobró para posarse sobre la plataforma donde aguardaban Fordak y Rommel. Sus hélices sacudían el agua que caía desde las alturas como un gigantesco aspersor.

Un soldado abrió el portón lateral y les ayudó a subir.

—Misión cumplida. Sacadnos de aquí —dijo Fordak entrando de un salto. Rommel le imitó.

El piloto giró la nave sobre su eje y maniobró por el estrecho desfiladero que les conduciría lejos de aquel lugar.

Fordak se dejó caer en el suelo metálico del transporte. En unas pocas horas, estaría borracho perdido en la cantina de la nave de mando. No entendía por qué Rommel no tenía suficiente con semejante plan.

—Dadme los datos.

Era el coronel Mustang. Había estado sentado en el asiento de copiloto. Ahora, salió de la cabina y se acercó a los basureros.

—Coronel Mustang, es todo un honor que se haya molestado en venir a recogerlos personalmente —dijo Fordak con sorna. El Coronel Altus Mustang no le caía bien. Como todos los militares con galones en el pecho pero con las botas relucientes de pisar despachos y no trincheras.

El coronel se limitó a levantar una ceja y a extender la mano. No iba a repetirlo dos veces.

—Los datos están bien, coronel. No han sufrido daños —dijo Rommel con cansancio. Miraba por la rendija del portón. Observaba la sucesión de saltos de agua a escasos metros de la lanzadera como si con ello pudiera despejar su mente.

—Entrégaselos Rommel, y descansa —dijo Fordak, por una vez sin cinismo ni burla en su voz.

—¿A qué está esperando, soldado? —presionó el coronel.

Rommel se giró lentamente, y alzó su brazaletes para entregarle los datos.

—Pero lo que pretenden hacer... es excesivo. No es ético —añadió Rommel con un ligero temblor. En el fondo era consciente que si seguía por ese camino se iba a cavar su propia tumba.

—Rommel no me seas gilipollas —dijo Fordak entre dientes— y entrega los datos.

El coronel Mustang sonrió con un gesto glacial.

—Entrégame los datos. Ahora.

Rommel no contestó. En vez de eso, encontró el valor para enfrentarse a aquellos ojos fríos y calculadores. Además, era un basurero. Oficialmente casi ni existía, con lo que no podían degradarle.

—Rommel, en serio, no hagas una estupidez. Dentro de un rato estaremos tú y yo borrachos y contentos, recordando viejas batallitas mientras mujeres con buenas tetas nos llenan las copas.

Fordak le estaba pidiendo sensatez. Pero Rommel no tenía nada claro en aquel momento crucial lo que era sensato y lo que no.

Rommel suspiró, relajó los hombros y de repente hizo un gesto para quitarse el guantelete con la intención de lanzarlo por la borda. El gesto brusco era todo lo que el coronel necesitaba.

Con una velocidad imposible, adelantándose a todos los demás, el coronel desenfundó su revólver de cañón desproporcionado y disparó una única bala, cuyo poderoso impacto se amplificó dentro del vehículo ensordeciendo a todos los ocupantes. El piloto viró los mandos por el sobresalto, y tuvo que corregir el rumbo rápidamente para no colisionar contra las paredes de la garganta rocosa.

La bala traspasó el cráneo de Rommel, matándolo al instante.

Su cuerpo perdió las fuerzas y cayó hacia atrás, quedando apoyado contra el portón lateral de la lanzadera.

—¡Hijo de puta! —bramó Fordak con una furia desconocida. Su grito consiguió incluso acallar los lejanos truenos que partían el cielo allá arriba.

Trató de incorporarse de un salto y arrancarle la cabeza al coronel, pero el soldado de apoyo le golpeó con la culata de su rifle antes que tuviera tiempo de levantarse del suelo.

Con un golpe no consiguió nada, así que le propinó una docena de golpes en la cabeza.

Aun así, con el pelo empapado de su propia sangre, Fordak Manson seguía

tratando de levantarse y acabar con todos ellos.

El coronel se aproximó al cuerpo sin vida de Rommel y le quitó el guantelete del antebrazo. Conectó el enlace y comprobó que los datos fueran accesibles. Satisfecho, se colocó el guantelete sobre su gabardina negra, activó la apertura del portón y sin ceremonias, empujó el cuerpo de Rommel al vacío.

—¡Te arrancaré la cabeza maldito hijo de puta...! —sentenció Fordak escupiendo sangre.

El coronel se acercó hasta él y se agachó, para que pudiera escuchar sus palabras sobre la sinfonía tempestuosa que entraba por el lateral abierto de la lanzadera.

—Eso te gustaría hacer, ¿eh, Fordak? No sabes hacer otra cosa. Este es tu problema. No eres más que un perro rabioso. Pero en vez de con chuletas, a ti se te paga con cerveza y putas. No eres mucho más que los salvajes piojosos que malviven en este pedrusco abandonado. Tu intelecto limitado te impide ver o pensar más allá del ahora.

—Te juro que te mataré... —escupió Fordak, con el soldado sobre él clavándole las rodillas en la espalda.

—Por supuesto.

A un gesto del coronel, el soldado levantó a Fordak y le dio otro golpe en el estómago para doblegarlo. Entre ambos, cogieron al líder del Escuadrón Omega cada uno por un lado y lo lanzaron al vacío.

Fordak Manson se precipitó hacia la nada, en mitad de la tormenta, la lluvia y los truenos.